

Joaquín Sánchez Vallés

NUNCA APRENDIMOS DANÉS

Les amoureux fervents et les savants austères
Aiment également, dans leur mûre saison,
Les chats puissants et doux, orgueil de la maison,
Qui comme eux sont frileux et comme eux sédentaires.

(C. Baudelaire)

Cuando, como estaba cantado desde hacía mucho, mi chica acabó dejándome, ni me deprimí ni me angustié, al menos de manera consciente, ni menos aún caí en ese estado modorro que dicen tan habitual en los abandonados y que consiste en la obsesiva rememoración del tiempo ido, recorriendo en solitario los paseos dados en pareja, frecuentando los mismos bares apenas con el vano delirio de entreverla, celebrando en el yermo sus fechas y sus cifras..., o sea, haciendo soberanamente el tontolaba.

Por no darme muerdo, no me dio ni el de recuperar el tiempo perdido, cosa que dicen todavía más habitual que la anterior y que se manifiesta en la pretensión de ligar con cada titi que atravesó nuestro pasado y dejamos volar por respeto a la legítima, así como en el burdo intento de levantarse a todas las salidillas a tiro para someterlas a las sevicias sexuales a que no nos atrevimos con la futura, y quizá precisamente por eso nos dejó: folladas sin condón y a sobresalto, interminables mamadas con deglución final, chaparrazos de lefa por las tetas, audaces espeleologías en la espelunca del beso negro, en fin, el indomable mundo de lujuria infame que solo se nos desvela en los vídeos, porque nuestra cortedad –de todo tipo– nos impide su experimento. En realidad, siempre imaginé que ese celuloide marrano se basaba en una esencial mentira: aquellos metisacas furibundos de media hora continuamente acelerada sin correrse, aquellas pollas marmóreas e indeclinables a lo largo del desvirgamiento de diez o doce mancebillas ofrecidas en riguroso turno boca arriba o boca abajo, aquellos géiseres interminables que derraman su nieve hirviendo hasta dejar irreconocibles las facciones de la beneficiada, sonriente y agradecida como quien se aplica una mascarilla de belleza..., todo eso no era más que truco de montaje y artificio de efectos especiales. Lejos de tales gestas dignas del estro de un Homero o un Virgilio, o a lo menos de un épico juglar algo gurrindongo, yo había sido un héroe del montón, más del montón para abajo, perdonando lo de héroe, y despachando aviado con un tiqui-tiqui-tiqui que, si no me hacía berrear de gustazo, sí me dejaba medianamente apaciguado hasta la próxima. De lo que mi novia sentía en tales efímeros intercambios no puedo decir mucho, pues nunca se lo pregunté; aunque, tras un arduo análisis sobre cómo me dejó plantado sin motivo aparente, he llegado a la conclusión de que sentía más bien poco.

Si ello se debía a timidez, vergüenza, apocamiento, pudor o anorgasmia, tampoco puedo hablar, y ahora ya no porque no le preguntase a ella, sino porque no me lo preguntaba a mí mismo. Ya sé que las estadísticas aseveran que un alto porcentaje de mujeres (95% según el reputado sexólogo G. Brassens) no goza con el acto; pero nada

dicen, que yo sepa, del cupo de machos que militamos en la misma cofradía. Y es que allí vienen a coincidir dos temibles prejuicios que conjuran contra el varón cabal: No es el menor la enorme proliferación del movimiento hembrista (que, para disimular, milita bajo las banderas del más políticamente correcto “feminista”), según el cual la misión única del hombre con relación al sexo consiste en olvidarse de sus genitales y ponerse a las órdenes de los de la partenaire, que, según tal esotería, ocupan todo su cuerpo, lo cual conduce a la inabarcabilidad del concepto de Dios. El otro puntazo estriba en que nosotros sí tenemos pija y cojones y, ante una chorba que nos pide empezar por largos y suaves jugueteos, besuquillos, lametones, no me bajas aún las bragas, cómeme la oreja, dime cosas cerdas, chúpame los pezones, no tengas tanta prisa..., el genital no puede sino ponerse a trempar hasta la fase eruptiva, de modo que, o erupciona solo, lo cual es siempre hacerle un feo a la que tantos desvelos se ha tomado por prolongar el placer, o no hay más remedio que endiñarlo a las bravas y con un tiqui-tiqui-tiqui de urgencia vaciarse en el vaso conveniente. Ni por la una ni por la otra se goza de verdad, tan pendiente de los ucases de la gobernanta, pero al menos por la segunda uno se siente más dentro de lo usual, aunque solo sea por lo de “dentro”. De todas maneras, el sentimiento de culpa no se pierde nunca: “esto no me lo hagas nunca más, todos los hombres sois iguales, ya estoy harta de que solo pienses en ti mismo, la próxima follarás con tu puta madre...” y otras reconvenciones cariñosas por el tenor que me llevaban a darle la razón a mi amigo Etelevino cuando, con el pretexto de consolarme, me endilgaba la manida reflexión de que “no hay mujer frígida, sino hombre inexperto”. Claro que Etelevino jamás supo –o quiso– pasar de ahí y no me explicó qué cambio de actitud hubiera debido adoptar o qué técnicas –respiratorias, estanistalvskianas o incluso tántricas– aplicar para superar aunque fuera en dos minutos el mero tiqui-tiqui-tiqui y se acabó. Yo entonces llegué a pensar que Etelevino hablaba de boquíbilis y que él también sufría del mal. O, por el contrario, que le era tan ajeno que aguantaba como un mulo, sin técnicas ni actitudes, o acaso *estaba convencido* de su aguante, que es lo que las mujeres más inteligentes, esas que pasan por bobitas, hacen creer a los hombrecillos que les han caído en suerte.

Después de unos meses de tiqui-tiquis, yo había encontrado al menos una verdad: las pelis porno eran mentira, ficciones literarias, cine, en suma; ni un tío aguanta un polvo de treinta y cinco minutos de reloj (y no por lo aburrido para el espectador y lo barato para la productora, sino por pura fisiología), ni lo que más les gusta a las tiritis es que en el momento de la eclosión se la saquen del chichi para regarles profusamente diversas partes

de su anatomía, ni mucho menos la profusión del riego supera con creces los dos o tres decalitros, como puede uno medir a poco que atienda al argumento del filme y no se deje arrastrar por los bajos instintos de que se prevalen los guionistas para pasarnos gato por liebre. Mi amigo Etelevino, que, como ya he sugerido antes, se las daba de *connaisseur*, sin más méritos, por lo demás, que hallarse en posesión de una sobajada y maltrecha cinta danesa, según él de lo más duro europeo, se complacía en organizar sesiones de vídeo para los amigos, no por lascivia y procacidad, sino por el ejercicio misericordioso de enseñar al que no sabe. Contaba para ello con un aparato –electrónico– de alta precisión que permitía la parada perfecta, el rebobinado milimétrico y el avance fotograma a fotograma. Y era un gozo oírle comentar los trucajes y las manipulaciones:

–¿Ves ahí? ¿No ves el corte? El tío se ha corrido y han esperado a que el espray volviera a hacerle efecto para que siguiera la follada. Pero no es la misma. ¡Ca! ¡A mí me la van a dar!

–¿Qué espray? –aventuraba el pardillo de turno.

–Pues ¿cuál va a ser? El espray de la trempera. ¿O es que nunca has pisado un sex-shop, tío lila?

El tío lila, o pardillo, como prefiramos, optaba por no seguir interrumpiendo, y Etelevino retomaba su papel de comentarista:

–¡Mira, mira, mira! La tía es la misma y la cara del maromo también, pero hay cuatro pollas distintas. Así lo hacen, así; como no se ven más que huevos y coño, tres se corren cuando ya no pueden más y el último se la saca para salpicarla. Si no estás atento, te da igual, pero fíjate en que dos son levóginas, una dextrógira y la cuarta tiene tatuado un delfín. Esa es la que le bautiza las tetas.

–¡Ahora, ahora! –Etelevino paraba el vídeo y pasaba foto a foto–. Hay tres guarras mamándose la al negro. ¡Ya! En la segunda se ha corrido. Mirad cómo le cae la leche. ¡Y atención! –nuevo clic en el mando–. Con la tercera vuelve a tener la chorra tan dura como antes. Otra vez la primera... Otra vez la segunda... ¿Dónde están los restos de la rilada? La muy puta ha ido a limpiarse mientras el negro volvía a ponerse a tono.

–¡No os perdáis esto! –solemnizaba Etelevino–. Dos gachós se corren en la cara de la pava esa. ¿No os parece que hay algo raro? ¿Eh? ¿Eh?

–¿Demasiada leche? –se atrevía el pardillo otra vez a hablar.

–¡Y tan demasiada! –reía Etelevino.

Y, poniendo el vídeo al uno por uno, podía verse una tercera fuente seminal que, proveniente de manantial ignoto, se derramaba sobre la frente de la tipa hasta gotearle por el cuello.

-¡Ah! Hay otro encima cascándosela –creía descubrir el pardillo.

-¡Y una polla!

-Eso, una polla.

-Pero ¿qué polla ni qué cojones? –sentenciaba Etelvino—. Lo que hay es un machaca vaciándole una botella de gel hipoalérgico. Ya ves. Los dos le salpican a los lados y la leche le viene de arriba. ¿Qué leche? ¡Qué leche! Gel hipoalérgico, que da la textura y el color, y no escuece. Claro, que no te van a enseñar el frasco.

Desde ese momento, el lila ya no volvía a tartir.

-¡Lo que yo te diga! –aprovechaba Etelvino para sentar su autoridad—. Todo esto, filfa. ¡Efectos especiales! Ni nadie se corre así ni a las pibas les gusta que les manchen el pelo. Que luego tienen que lavárselo, ¡cojones!

A mí, quitadas las dos o tres primeras veces en que aluciné con la cinta de Etelvino, y más aún con los comentarios de Etelvino, que llegaba a creerse su papel de crítico cinematográfico, pronto dejó de interesarme si el negro se había vaciado entre toma y toma o si el tafanario de la enculada era de la primera, la segunda o la tercera pelirroja –hay mucha roya por esas tierras boreales—. No poca culpa del desinterés la tenía el que la cinta fuera danesa, hablada en danés, que, aunque ya sé que lo de menos en estos asuntos del follaje es el argumento, siempre apetece enterarse un mínimo de lo que va la cosa. Por no enterarnos, no nos enteramos nunca ni del título, lleno de vocales con circuletes raros y consonantes en largas filas indias. Según algunos, significaba *Orgía en el internado*, basándose en que las tres pelirrojas más verriondas compartían el mismo diseño de minifalda escocesa. Otros argumentaban que de eso nada, que las minifaldas se las quitaban a las primeras de cambio y que la mayoría de los hincamientos se producían en el banco de un parque (se suponía alguno de los numerosos que debían de adornar la idílica Copenhague), por lo que se decantaban por la traducción de *El negrazo cachondón*, debido al destacado protagonismo que alcanzaba en el concierto el oboe del antedicho. Etelvino, como era natural, descartaba tales interpretaciones y se empecinaba en que la frase escandinava quería decir simplemente *Corridas furiosas*, sin más razonamiento de que el vídeo era suyo y a él se lo iban a contar.

A mí, lo he dicho, pronto dejó de interesarme. Lo que me iba, de verdad, era la cocina. ¡Qué le vamos a hacer! Siempre lo he pasado bien metido entre peroles y sartenes,

friendo, pochando, guisando, asando, salteando o salseando. Durante algún tiempo quise compartir mi afición con los amigos y así, por ejemplo, les invitaba a cenar: arroz hervido con té verde, rehogado en un poquito de cebolla con curry y servido en cada plato con un huevo descascarado pasado en agua dos minutos y medio. Pronto me desengañé: aquellos antropoides preferían el arroz sin té, el huevo fritangoso y, en cuenta de curry, un abundante pringue de ketchup, oséase, lo que se considera un genuino y contundente “arroz a la cubana” en casa de cualquier soltero que se precie (nunca con plátano frito, mariconada propia de países de hablar meloso, equívoco y sospechón). Mayor fue mi frustración cuando terminé comprendiendo que no venían a visitarme por mis comidillas sino porque Etelevino siempre se dejaba caer con alguna joya del séptimo arte, que devoraban con mucha más avidez que mis guisos. Y, si la joya era la intraducida danesa, es que mis platos ni se los miraban.

-¡Ahora, ahora, ahora! ¡Fíjate cómo finge el negro!

Etelevino triunfaba. Y culminó su triunfo cuando se compró el aparato aquel semiprofesional con que avanzaba a fotogramas, retrocedía a micras y detenía una gota de leche en el aire con la nitidez de un microscopio. Es verdad que nunca daba más que unas birras y unas bolsas de ganchitos (un día, como gran exceso, se alargó con tres bocatas de anchoas a repartir), pero la peña se trasladó en bloque a su piso, a fruir con el sexo en lata.

Constaté mi fracaso aquella noche en que había preparado una docena de muslitos de pollo, hábilmente despellejados, rebozados en harina y pimentón dulce –eso que los cursis llaman páprika–, fritos en aceite caliente hasta alcanzar el dorado, echando entonces un picadillo de cebolla y lombarda morada, añadiendo vino para acabar de guisar y triturando el producto final para salsearlo sobre las extremidades de las aves, artísticamente dispuestas en círculo alrededor de una fuente. Digo que constaté porque los doce muslos tuvo que ingerirlos quien escribe, en varias tomas, eso sí, ya que Etelevino había contraatacado con una primicia cinematográfica: *Scratch my cock*, filme inuit-canadiense jamás estrenado en España y que derivó a la basca en pleno hacia los portentos de su alta definición. El saber luego que había resultado un fetiche gay donde esquimales maricones sodomizaban huskies y se la hacían mamar por fornidos exploradores de la Columbia Británica en busca del Polo Norte Magnético me consoló un tantico del plantón.

En realidad, todo había cambiado al conocer a Silvia. Tal vez debería haber dicho su nombre antes, pues esta Silvia es la misma novia que, al final, no tuvo más remedio que abandonarme, tal como ella misma me espetó en sus palabras de consolación. Pero, en fin, aunque tarde, sépase que se llamaba así.

Silvia, desde luego, no parecía que fuera a interesarse por las pelis. (Aparte de que yo tengo muy pocas: eso son cosas de Etelvino.) Es más, el primer día que conseguí que viniera a cenar a mi piso, arrancándola de la nociva frecuentación de burgers y bocaterías a la que una educación soez y hortera la había condenado a la pobre, pensé que había encontrado la chica ideal. Ya sé que todos pensamos eso al principio, que no hay que fiarse de las apariencias y que más dura será la caída; pero, también, qué fácil es comentar la jugada cuando ya se conoce el final. Añadiré en mi descargo que a tal alucinación amorosa sucumbí muy poco tiempo, el justo de ver a Silvia sentarse a la mesa. Aquella noche yo había querido esmerarme y preparé de primero unas láminas de berenjena cocidas en aceite de oliva a fuego lento con jengibre y comino, rehogadas luego en nata líquida hasta reducirla a la mitad y gratinadas al final con mozzarella. A la vista del plato, Silvia no dijo “¿pero esto qué es?”, que era el grito de guerra de Etelvino y compañía, y podría muy bien haber sido el suyo teniendo en cuenta los locales que consideraba apropiados para “salir a cenar”. Por el contrario, sirvió el Merlot sin derramar una gota y comenzó a devorar la pitanza. Ahí ya me empecé a mosquear: porque Silvia devoraba, tragaba una tenedorada tras otra sin degustar lo más mínimo, alternándolas con grandes lamparazos de Merlot, que, al parecer, lo mismo le hubieran dado de un tetrabrik de cincuenta céntimos. Cuando acabó (ella, porque yo, de la congoja, apenas si empezaba), se arrojó sobre mí derrumbándome en el sofá y susurrando con boca pastosa:

-Pero ¿qué afrodisiaco me has puesto, cabrón?

Ya al borde del puro desengaño, ganas me entraron de explicarle: “El vino que te has mamado, borrachuza”; pero la buena crianza recibida de mis mayores me hizo articular:

-¿No quieres el ragú de segundo?

El hecho de que no me contestara acabó de hundirme la moral. Refocilados sobre el sofá, acabamos quitándonos la ropa (no sé muy bien quién a quién) y comenzando los preliminares que, ya lo he dicho, en mi caso conviene que resulten más bien cortitos. Así, al ver que se lanzaba feroz a chuparme el nabo, poniéndomelo a cien, o a ciento cincuenta, con peligro de provocar un nuevo desastre de Pompeya y Herculano, conseguí zafarme del acoso, no recuerdo cómo, creo que metiéndole el dedo en el culo, y pasar yo a mi vez a

trabajarle los bajos a lametones húmedos y cálidos, en un desesperado intento de ponerla a tono con el movimiento de carnes que me había provocado. ¡Trabajos de amor perdidos! Qué poco tardó en ahuyentarme con un par de musladas, mientras recitaba su credo de hembrista bien adoctrinada:

-¡Quieto, fiera! ¿Dónde vas? Despacio, despacio, no tengas prisa. Cómeme la oreja.

¡Cómeme la oreja! ¡Lo que me faltaba! A ver qué postura kamasútrica o anangarránguica me iba a servir para comérsela mientras ella lo hacía con mi desdichada minga. Y encima, se permitía ironizar:

-No te me vayas ahora, ¿eh?, no te me vayas, tranqui, tranqui.

En el colmo de la tranquilidad, le di un empentón hasta el suelo y allí mismo se la clavé aliviándome como pude. Aún no habían llegado los días de “a mí esto no me lo hagas más”, así que, tal vez por ser el estreno, pareció aceptar el hecho consumado. Cualquier otro en mi lugar la hubiera despeñado por las escaleras; pero yo, que siempre he sido un caballero, la acogí entre mis brazos y hasta creo que esboqué un rictus de satisfacción. Esa misma noche la investí copartícipe de mi piso dándole una copia de las llaves, y no por ingenuidad de juventud, ya que la edad nada interviene en esto, sino porque (como ha analizado sobre amplias muestras de población el eximio sociólogo G. Brassens), cuando se es gilí, se es gilí.

Dueña de la situación, es decir, de la llave, Silvia entraba y salía de mi casa a su gusto y afición, y diría que también me hacía entrar y salir de su cuevilla a lo mismo, a no ser porque, entrar, procuraba –ella– que fuera lo mínimo, y salir, no conseguía –yo– hacerlo más que a destiempo, tras el tiqui-tiqui-tiqui que cada vez la provocaba a denuestos más hirientes. Entonces sí que tuve que oírme con creciente frecuencia aquello de “esto no me lo vuelvas a hacer”, “aprende, tío”, o “si quieres ir deprisa, hazte una paja”. En fin, que todo habría acabado enseguida, si no hubiera sido por los gatos.

* * *

Vivo en un primero, y la ventana de la cocina tiene la virtud de dar sobre una amplia cuadra de tierra donde proliferan toda clase de michos. Y digo bien, proliferan; porque, si es verdad que alguna vez aprendimos en la escuela eso de que los seres vivos son aquellos que “nacen, crecen, se reproducen y mueren”, los de mi patio de vecindad debían de pertenecer a alguna especie divina e inmortal, ya que sin duda nacían, crecían y

se reproducían, pero nunca jamás se vio un fiambre gatuno expuesto a las inclemencias del tiempo. Así que proliferaban. Sobre todo en los meses previos a la primavera proliferaban a placer. Yo nunca les había dado más importancia de la que tienen: unos animaluchos molestos, especialmente cuando se ponen a entonar sus arias enceladas.

Lo nuestro, quiero decir lo de Silvia y mío, iba a romperse de un momento a otro, cuando a la tipesa se le ocurrió entrar a verme a eso del caer de una tarde. Yo, ajeno a todo, me preparaba en la cocina la sopa que suelo cenar cuando estoy solo: una cebolla mediana bien pochada con estragón en hoja, a la que añado algo de pan tostado y termino de cocer en un caldo de carne. Si se espolvorea una ralladura de parmesano y se escalfa un huevo encima como remate, el mejunje no queda nada mal. Echando el pan me encontró Silvia. Yo no la había oído entrar.

-¿Sopa de pan vas a darme? –fue la primera noticia que tuve de su presencia.

Yo ya sabía hacía meses que mis primores culinarios la traían tan al fresco como a la colla de Etelvino, y por eso no me descompose cuando la escuché blasfemar:

-Anda, anda, si quieres que cenemos aquí, llama a Pizza-Plan.

Por un momento dudé entre seguir con lo mío y cenar a gusto privado de follaje o llamar de verdad a Pizza-Plan y estragarme el estómago a cambio de un tiqui-tiqui-tiqui entre angustias y denuestos. Por eso no oí a Silvia la primera vez que exclamó:

-¡Mira qué majos, los gaticos!

Como estaba volcada sobre la ventana de la cocina, con la falda arremangada en la encimera y media braga al aire, no tuve más remedio que preguntarle:

-¿Qué?

Aquella segunda vez sí que la oí con toda nitidez:

-¡Los gaticos, cómo follan!

Era verdad. Sería enero o febrero, y la proliferación gatesca alcanzaba su máximo apogeo. En medio de un concertante destempladísimo de gaitas, los morrongos fornicaban sin parar, de a dos, de a tres, de a cuatro, y hasta en manadas numerosísimas que recordaban los vídeos del Etelvino. Yo, por ver mejor, me asomé sobre Silvia, sujetándomele al culo por no resbalar, y casi creí derretirme cuando la oí que murmuraba:

-Cómo follan... Cómo follan... Cómo follan... Si es que me están poniendo cachonda y todo.

Mientras dejaba socarrarse la sopa, le bajé las bragas, sin oírle ni una protesta, y, hallándolo caliente y remojado, se la metí. Aquella vez no hubo remilgos ni empeños de doma: Silvia miraba a los marramaquijos y hasta remeneaba el culo para facilitarme una más gozosa eyaculación. Todo fue bien durante algunas semanas: yo la invitaba a cenar; no cenábamos; y, mientras Silvia se deleitaba en las corridas de los morroños, yo me aplicaba a las mías, siempre por detrás y ante la ventana abierta, sin ansias, sin apuros, sin oír nunca más eso de “espera, espera, machista”, sino un dulce “los gaticos, los gaticos, qué bonito es follar”.

Lamentablemente, la Naturaleza es sabia y a los animales solo ha concedido un tiempo para el amor. Cuando los gatazos dejaron de ayuntarse a todas horas y se las volvieron a pasar tumbados al solecico de mayo, Silvia se vio obligada a plantearme la cruda situación: lo nuestro no funcionaba, no había más remedio que dejarlo. “No había más remedio”, yo lo entendí.

* * *

Ahora lo entiendo todavía más. El otro día los vi a los dos salir de una de las hamburgueserías más frías de la Inmortal Ciudad. Iban de la mano, satisfechos y yo diría que hasta regoldándose. No podía ser de otro modo. No sé si le pondrá el vídeo de *El negrazo canchondón* o se habrá pasado a reportajes de la Naturaleza sobre la reproducción de especies animales, pero Silvia y Etelvino tenían que terminar juntos, por puro determinismo biológico.

En cuanto a mí, sigo cocinando; ahora para los gatos: gambas en gabardina, boquerones en vinagre, tortillas de bacalao, que les arrojé por la ventana, a ver si se animan otra vez al follique. Ayer mismo, derramé una zarzuela entera de marisco con dos botellas de albariño abiertas. Pero como si nada. Los mininos comieron, bebieron y se stearon. Me parece muy difícil que Silvia vuelva conmigo.

Por cierto, que tengo que pasarme por el Juzgado, a responder de las tres denuncias que los vecinos me tienen interpuestas por arrojar basuras al patio comunal.
